

ÚLTIMAS VOLUNTADES

Pablo Andrés Escapa

Con urgente ruego de «avisar su contenido» llega a nuestras manos un sobre anónimo, pero locuaz en la leyenda circular del matasellos: Argamasilla de Alba. No sin alivio comprobamos que el que fuera suelo de la célebre Academia literaria en tiempos de don Quijote –y que tantos daban ya por extinguida– no se ha dejado invadir por el desánimo en que naufragan las letras que hoy pretenden el honroso título de ser serias. Todo lo contrario: el autor del envío, resuelto a desafiar la general mixtificación que empaña mesas de novedades por todas las librerías en perjuicio de las buenas invenciones, nos manda una prueba de su arte, del que predica que, al menos, «tiene la virtud de ser breve». El espíritu de aquel famoso Monicongo que cantó a la tumba de don Quijote, o tal vez del Tiquitoc, que dio epitafio a Dulcinea, parece sostener estas letras, que también quieren ser sepultura, pero ahora de un viejo rencor que tuvo Cervantes con aquel que se tituló licenciado y de Tordesillas para fatigar a don Quijote antes de tiempo, camino de Zaragoza. No duda el heredero de la Academia de Argamasilla quién fue el adelantado ladrón, y viene su prosa a confirmar viejas teorías que, en año tan apretado de disputas eruditas en torno a cada coma del famoso libro, parecieron tambalearse allá por la inspirada primavera. Pero bien se ha dicho para la posteridad que no fueron todos los tiempos unos. Escribe nuestro remitente como a la sombra de esa sentencia, y lo hace a modo de prólogo y con más atrevimiento que sus antepasados, contentos con dejar versos propios para dictar epílogo, porque éste inventa resueltamente a nombre de Cervantes. Ni siquiera apela a las ermitas derribadas ni a los cimientos pródigos en cajas de plomo con pergaminos de letras góticas para acreditar su texto.

Nos pide que llamemos «últimas voluntades» a su envío, un título, para qué negarlo, que suena a despedida y hace temer por próximas colaboraciones del académico de Argamasilla que pudieran ponerle cola a este cascabel.

Regocijado lector: aún ha de estar tierna la tinta con que dejé escrito de mi mano, para casi remate del Persiles, que es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza. Quisiera prometérmelo yo ahora, y no verme en estas soledades heladoras de Castilla, sino peregrino eterno del sol amable de Italia, y mozo para siempre, con los bríos mismos que el pecho colmaban cuando criado en Roma de aquel monseñor Acquaviva que Dios haya premiado como merecía. Pero mucho engañan las letras que se hacen por consuelo, que no es bien para espantar la sed de mi grande mal de hidropesía salir a fatigar el mundo con historias septentrionales, ni aventurar amantes por ínsulas pródigas en lozanías, ni llegar después de mil naufragios y accidentes a las puertas de la Roma inmortal para ganar la vida y el perdón que todo buen cristiano ansía por ver en paz el alma fatigada, que bien pruebo como sale uno del viaje figurado más sediento de lo que en él entraba y más viejo que cuando había partido.

Disculpa, amigo lector –porque amigo te quiero más que nunca, y no como Dios me lo depare ni andar a ruégote que leas–, que dé en recordar, ahora que tengo pérdidas para siempre las holguras de Palermo, la abundancia de Milán y los festines de Lombardía,

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XI, 43 (octubre-diciembre, 2005)

donde también me ensanchó el alma una estancia tras otra del Ariosto, que me acudan ahora, te decía, pensamientos voladores de tan lejos. Porque lo que quiero contarte no ocurrió sino pocos días ha, que fueron vísperas de la Natividad de nuestro Redentor. Acaeció, pues, que me llegaba yo caminando hasta la cristalina fuente de Ombidales, siguiendo los principios del barbero de Esquivias, que es gran sangrador y muy peripatético en sus disposiciones, con el pensamiento ido al cielo de las musas, que todo se me iba en deseos de reanudar, una vez más, el roto hilo de mi Galatea. Y eran tales las ansias de poner fin a tantas promesas aplazadas que un paso se iba en pensar en pastores y el siguiente en dar cabal asomo a las Semanas del jardín, las cuales no veo cumplidas más que en lo que va de un lunes a un miércoles y contando, por pasar con más prisa las jornadas, con que el viernes fuera excepción por ser cuaresma, que no lo será. Y con este deleitoso pasar, pronto se me ofrecieron a la vista los alcornoques que guían el arroyo con su presencia rubia y, al pie de uno de ellos, pareciome ver una figura sentada; no digo que la vi. porque el trecho que mediaba hacía dudar de los ojos, pero ya más cerca supe que no era bulto ni ratón, sino cristiano entero, grandazo de cuerpo, por más señas, y regalado por la providencia con tal finura de oído, que a no menos de un tiro de ballesta que me faltaba a mí por andar hasta hacerle compañía, volvió la cabeza hacia donde yo estaba y levantó el rostro, como adivinando por los vientos el rumbo que traía yo, y tentando el tronco que le servía de respaldo, al tiempo que probaba el suelo en busca de un palo para apoyarse, púsose de pie e hizome señas luego de que me acercara. Por donde me di a entender que aquel que me llamaba era ciego y tal vez necesitado de alguna merced. Me llegué hasta él con la prisa de que soy capaz, que diera gusto al barbero verme tan pasilargo de sobremesa, y díjome:

—¿Adónde bueno camina vuestra merced, señor gentilhombre?

Quedé yo un punto pasmado de la tanta cortesía con que hablaba el ciego, que más me pareció estar oyendo al mismo don Quijote cuando entró en conversación con don Álvaro de Tarfe. Y llevado de piedad, acaso fundada en aquello que suele decirse de que «ciegos y mancos, todos somos sanos», porque uno no ve qué quitar y el otro no puede coger nada, vino el que reparara en la figura del que había hablado y mirándolo despacio, con la ventaja de que no podía él verme a mí, caí en la cuenta luego que quien allí preguntaba con tan buenas maneras no era sino aquel Jerónimo de Pasamonte con quien tuve yo vieja pendencia, primero en los casales de Aversa, donde llevó muy a mal que nuestro capitán don Miguel de Moncada saliera en mi defensa, y luego al embarcar para la grandísima ocasión de Lepanto en el puerto de Mesina, que iba yo entonces con cuartanas y poco bueno a defenderme de las injurias que no se cansaba de echarme encima por no se sabe qué. Pero viéndolo delante tan menguado, que malamente era a sujetarse sobre la vara que le hacía de lazarillo, no pude menos que pensar que también él había cargado con lo suyo, porque estaba viejo y sembrado de señales que era de creer no serían todas consentidas, aunque firme en el orgullo que la boca todavía dibujaba, y en lo de alzar la cabeza para responder, que de no haber perdido esta soberbia en tantos años, era cosa segura que con ella se presentaría a que lo probaran el día del Juicio Final. Y di en pensar también que aquel encuentro, tan en puertas de quedarnos a los dos soldados tan poco aliento que resollar, parecía industria dudosa de algún sabio encantador, no sabré decir si por congraciarnos o por darnos de puñadas definitivamente, y que bien pudiera deberse más que al caprichoso Frestón que discurrió los pasos de don Belianís de Grecia, y algunos tropiezos del Caballero de la Triste

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XI, 43 (octubre-diciembre, 2005)

Figura, al tal Alisolán con que el fingido Avellaneda quiso hacer escarnio de mi buen don Quijote.

Entramos en reposada conversación, porque ninguno estábamos ya para grandes prisas, y eché de ver el hambre de aire que Pasamonte traía para enhilar las palabras sin ahogarse y lo dolorido que tenía el cuerpo, que sentarse sobre la dura tierra y hacer muecas de grandes males eran todo uno. Preguntele yo, pasando por gran ignorante de quién era, por su nombre y por el camino que llevaba en día tan áspero como el que nos mandaba el creador de los hielos. A lo que mi antiguo enemigo, suspirando hondamente, dijo:

—No quisiera yo cansar a vuestra merced con desventuras de tan largo cuento que diéranos aquí la noche y no hubiera pasado de cuando caí de pechos en tierra, siendo niño, por imitar sobre unas tapias a unos volatineros, ni de mi cautiverio en Biserta y demás Berbería, del que llevo cuenta cabal de los años, con tantos palos sine fine dicentes como llovieron entonces sobre mis espaldas, siempre ofrecidas al corbacho, que bajo su mordiente gobierno remé casi una veintena de años cabe la gúmena que va junto al árbol, a banda derecha, que es el banco de más trabajo que hay en la galera. Ni quiero contar de después, librado ya de la cruel compañía tras mil peligros, que son otras tantas cicatrices como me señalan, y aventurado en suelo de Nápoles, donde resultó que tampoco faltaron las tristes ocasiones, según es dicho, de ir de rocín a ruín sin pretenderlo, cuando parecía que todo sería cantar victoria y alabanzas en tierra de cristianos tanto tiempo pretendida. De todos estos trabajos tengo yo memoria escrita y bien guardada por un reverendísimo hombre de religión que para en Italia, pero mucho malicio que la vida que sacaron en silencio estos dedos es voz pública, aunque nunca la di a la estampa ni pienso darla, porque de ella, señor, y con esto doy principio a los males que ahora me prenden, hizo burla poniéndomela en la boca tras mudarme el nombre de Jerónimo en Ginés y hacerme de Pasamonte Parapilla, aquel ingenio manchego que anda en boca de todos por haber escrito el tan famoso disparate de Don Quijote, que no se contentó con llenarme de cadenas y ponerme en más prisiones que a los demás galeotes de la cuerda que su fantasía, si no el mismo diablo, le dio a entender, sino que después me pintó mal agradecido con mi libertador, al que inventa que llené de pedradas, y aún luego tornó a sacarme de ladrón de un triste asno solo por que su dueño, aquel simple de Sancho Panza, tuviera enojos bastantes para maldecirme a modo.

—¿Dice vuestra merced —le interrumpí entonces— uno que llaman Miguel de Cervantes, que tiene la nariz corva, aunque bien proporcionada, y dientes no le quedan sino seis, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño y la color antes blanca que morena, el cual se tiene por discreto poeta del Parnaso y mejor soldado en la más alta ocasión que vieron los siglos?

—El mismo digo —replicó él—, que lo habéis pintado como si lo conociérais y no parece sino que lo hubiérais saludado antes de ayer, y contádole los dientes, que la última vez que yo lo vi no tenía otra falta que la espalda cargada y algo de más de alegre burla en los ojos. Pero déjeme vuestra merced que siga adelante con lo que traía, que no es tanto por dar cuenta de mi persona como por cumplimiento de promesa. No me callé yo, que tan pronto como pude saqué a plaza un nuevo don Quijote que le quitara la ganancia del suyo, al tiempo que me cubrí con un yelmo por salvar el rostro y tomé nombre distinto y sonoro, cual hacen los caballeros en sus lides, donde pasé a llamarme Alonso Fernández

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XI, 43 (octubre-diciembre, 2005)

de Avellaneda en letras de molde y a tener por patria supuesta Tordesillas. Púsele al que me ofendiera de envidioso y de marido consentido, y llamele manco, y viejo mal contentadizo, todo por vengar antiguas detracciones. Y todo lo escribí mal aconsejado por la cólera que aún me duraba de cuando el marqués de Santa Cruz y don Juan de Austria se inclinaron ante él a consolarle de las heridas del turco, esas que vuestra merced dijo que tiene a grande honra haber ganado, que no pierde ocasión de ponerlo por escrito, como si fuera el único, y le extendieron estos señores recomendaciones y parabienes mientras yo, paciente de la misma suerte en aquel campo de Lepanto que Marte pintó tan favorable para algunos, me consumía sin que levantase ningún principal acta de mi valentía. Conociome él al punto por los rencores ingeridos en mi libro y replicó discretamente en el prólogo que puso al frente del suyo, que con esas son ya terceras las salidas que lleva a cuestras el que llaman Espejo de la Caballería, pero se contuvo menos el autor por boca de sus figuras imaginadas, que a una tal Altisidora la hizo condenarme a los infiernos llevándola a soñar que unos diablos daban tal papirotazo a mi flamante libro que lo dejaban todo descompuesto y con las tripas fuera. Y con este castigo, señor, y lo que el tal Cervantes dejó escrito de que mi pecado con mi pan me lo comiera y allá me lo hubiese, me acosté viendo un día y amanecí ciego de la vista al siguiente, que es prodigio costoso de creer si no se entiende que lo manda el cielo. En medio de la tiniebla, no tardé en persuadirme que la cárcel en que me veía de pronto metido era cumplimiento de aquella sentencia como tan sin gravedad escrita, de que se guarde el rencoroso de ser ciego de su ira. Consulté con un fraile dominico, que resultó ser inflamadísimo lector de las imaginadas historias de don Quijote, y tan devoto de los discurrecimientos de su autor, que de no contar él con las aprobaciones a sus Parnasos, comedias y segundas partes del Ingenioso que el maestro Josef de Valdivielso les puso al frente, le bastaran los oficios de este fraile para sacar adelante todo lo que llevaba escrito y lo que le quedara por escribir. Con una purga muy amarga es verdad que se cura una mala fiebre, y así púsome el dominico una penitencia que me pareció, por lo peregrina, inficionada de los mismos desvaríos que llenan el famoso libro que tratamos. Y fue que por ganar el perdón del cielo y de los hombres, en especial de este Miguel de Cervantes padecedor de los hurtos míos, echara a andar hasta llegar a la catedral misma de Sevilla, sin ayuda de cabalgadura y con la carga de contar mi pecado a cuantos la providencia tuviera a bien cruzar en mi camino. Por cumplir esta demanda no hago sino retrasar mi curación, que están los caminos tan poblados de piernas con orejas como no sabré decir, y por bien ser, según porfió el fraile, debíanseme abrir mis ojos delante de la puerta que llaman de San Miguel el día mismo de la Natividad, que si Dios no lo remedia será mañana. Hay en esa puerta un Nacimiento famoso por su entalladura que dicen es obra de maese Lorenzo Mercadante de Bretaña, el cual vino de tan lejos solo a ello porque se lo pidiera la reina Isabel por carta muy ponderada, y entre las figuras que puso hay un san José que se hacen lenguas en toda la cristiandad de la sonrisa que trae pintada delante del Niño, a tiempo que se agacha por celebrar su gloria con más humillación. Las manos de ese varón santo, que labraron la cuna de Nuestro Redentor por que tuviera el más dulce acomodo apenas entrara en el mundo, debo yo buscar a tientas, que me dijo el fraile que las trae juntas y por delante, como en un ruego. Y dijo más: que tal es la virtud con que el Mercadante imaginó esas manos, que en asiéndolas yo con fuerza, obrarían el milagro de mi salvación, porque tenerlas entre las mías deseando de buena fe dejar pasados los rencores y abrírseme los ojos y hasta el alma, sería todo uno. Pero, señor, todas estas providencias veo perdidas por no llegar a

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XI, 43 (octubre-diciembre, 2005)

tiempo del milagro, que es mañana y en Sevilla, y bien sé por caminantes preguntados que estoy aún en tierras de Toledo y con poca esperanza de salir de ellas por mi pie, si juzgo de las fuerzas que me quedan para encaminarlos.

Quedé yo harto conmovido por lo que oía decir a Pasamonte, y con la memoria de sus palabras y el pasar ligero del agua que nos corría por delante de los pies, di en pensar cuán verdad es que no son todos los tiempos unos y hasta hube de consolarme en recordar que la virtud vale por sí sola lo que no puede la sangre. Así convencido de la honestidad de aquel que me fuera un día compañero de armas y mortal enemigo desde entonces, tomé resolución no solo de no estorbar su penitencia sino de aliviarla como mejor se me diera a entender. Y créeme, lector amigo, que lo hice de buen grado, que no dejaba de alcanzárseme que mudanzas tan extrañas como las que gobernaban nuestro encuentro caen debajo del poder de aquella que comúnmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del cielo. Determiné, pues, que me acompañara a casa, que quedaba algo más adelante y no en contra de la ruta de Sevilla, y prometile el regalo compartido de una muy gentil olla de vaca para cena, tras de la que nos aguardaban en alegre compañía y diciendo «¡cómeme, cómeme!» el par de pollos, el pizco de cabrito y la ternera que les faltaron a don Quijote y a su fiel escudero Sancho en la venta donde hubieron noticia primera de que otra mano se había adelantado a escribir sus aventuras.

–Pues, mía fe, señor valedor mío –dijo con admiración el que iba a ser mi huésped–, que parece vuestra merced el propio cide Hamete Benengeli que parió los infortunios de don Quijote y Sancho, que no es mala la cuenta que lleva vuestra merced en la memoria del hambre que pasaron. Y porque vea que tampoco soy yo flaco de entendimiento y nonada olvidadizo, le pido, con palabras mismas del don Quijote ¡ay! que no fue mío, que me diga vuestra merced, por cortesía, su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

–Caravante me llaman –dile por respuesta que venía ya hace rato discurriendo– y tengo por oficio sacar figuras a la luz lo mismo con tinta sobre un papel que con herramienta de mellar madera. Y sé decir a vuestra merced que tras cenar juntos como tengo acordado, han de palpar sus manos la que más quiero de mis trazas, que me atrevo a decir que no ha de hacer mengua al san José del maese Mercadante que va vuestra merced buscando con tanto trabajo, que si aquel es bueno para abrir los ojos, el mío ha de servirle para que no vuelvan a cerrarse más.

Y allí vieras, lector mío, tras dar cuenta de la volatería y de las uñas de ternera, que se nos fue en comer tanto como en discurrir de los disparates de los dos Quijotes que andan a riña por el mundo, cómo fui servido de separarme unos pasos de mi Pasamonte y de llamarle desde la estancia vecina para que viniera al encuentro de la figura que, con tanto misterio, le tenía prometida. Acudió él con los brazos extendidos y en tanto hacía el camino fuime yo inclinando como el san José de Sevilla, y adelanté las manos como él, y como me lo pintaba mi memoria, que hartas veces pasé a rezar por aquella puerta que lleva el mismo nombre con que a mí me cristianaron y nunca dejé de ver admiradamente aquel misterio que la presidía. Llegose Pasamonte hasta mí y pedile que acudiera a asir con fuerza las manos que se le ofrecían allí delante, tal como le mandara el fraile de Santo Domingo. Hízolo así él, y al catarse de la herida de mi mano izquierda lo noté turbarse, y vacilar luego. Quiso echarse atrás un paso pero fui yo quien lo

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XI, 43 (octubre-diciembre, 2005)

retuvo, y aún a tiempo de rogarle que mesara las barbas de aquella figura que no veía, y que tentara sin miedo la boca que le hablaba, por ver si con seis dientes mal acondicionados y peor puestos podía hacerle yo tan amorosa sonrisa como la que san José entregaba, en la puerta de San Miguel, a quien tanto bien y tan gran consuelo había venido al mundo a regalarnos.

Esa noche durmió Pasamonte en mi posada, no sin alguna protesta de mi buena dueña doña Catalina, que ya iba hartándose de tanta ceremonia y del fastidio que hasta tarde le dimos con tanto alzar la voz por recordar las glorias de Lepanto y las penurias de la cruzía que conocimos luego. A la mañana, que fue de la Natividad, dile a mi amigo un burro de valde, lo que me ganó, en cuanto húbose perdido de vista, nuevas tormentas de doña Catalina, y le extendí libranza pollinesca para que no lo volviera, que aquel papel le consoló con creces de la ofensa que le hice por boca destemplada de Sancho en Sierra Morena. Salió de Esquivias no sin tornar a abrazarme hasta dos veces, y con resolución de escribirme una carta en cuanto llegara a presencia del fraile y le contase con qué industria, y no con qué milagro, el discreto Miguel de Cervantes le había abierto los ojos, que estaba seguro de que aquella ocurrencia mía no haría sino aumentar la devoción que el buen fraile me tenía ya tomada.

Pasaron días y no fueron pocas las horas que me llevó el recuerdo de mi Ginés de Pasamonte, a quien deseo yo el cielo que nos tienen prometido, y verlo contento en la otra vida, que será presto si de mis males hago estimación. Pero no hube de esperar la vida eterna, que a los ocho días de haber él partido llegó carta suya, por la que vine a saber que le acompañó un trecho el barbero, el cual, como te tengo dicho ya, paciente lector, es amigo de aquella escuela de los peripatéticos, y al decir de Pasamonte, que le iba al paso sobre el pollino, de los más adelantados.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XI, 43 (octubre-diciembre, 2005)